

RARO

Alfredo Joignant

Un año raro. Eso fue 2015 para la Nueva Mayoría y su gobierno. No sé si es reparable. Pero sí es diagnosticable, y no sólo tiene que ver con el caso Caval. Más allá de que entre el primer y segundo gabinete no se observe una solución de continuidad (es como si fuesen gabinetes de dos gobiernos diferentes), lo que sobresale es la depreciación de un importante capital: competencial si se quiere, o el hacer las cosas bien.

La obsolescencia de este capital no es sólo política: a menudo se critica la capacidad de gestión política del gobierno (es decir de coordinarse horizontalmente con otros ministros, verticalmente con los partidos afines y transversalmente con el Congreso). Todo esto es cierto, pero no agota el problema. Es cada vez más evidente que las bajadas programáticas y el diseño de la política pública han sido también defectuosos desde un inicio, lo que significa que el “programa” tenía más bien la fisonomía de un proyecto político.

Aun más: todo indica que el programa, entendido como policy making, y su implementación fueron a veces desastrosos (lo que se ajusta al caso de la “reforma tributaria”, la que fue consensuada en una opaca cocina por neomayoristas y congresistas de derecha, todos ellos sumidos hoy en un espeso silencio).

Lo anterior plantea dos preguntas: el programa por el cual se votó, ¿era realmente un programa, o se ajusta más bien a la esperanza de vida de un proyecto político que supone varios gobiernos del mismo signo o una línea directriz lo suficientemente hegemónica para resistir la distorsión de un gobierno con otra orientación? La segunda pregunta es aun más radical: ¿qué pudo pasar para que la presidenta, en su último cambio ministerial y –al parecer- en el cónclave de la coalición de hace algunos días, consagrara una férrea línea divisoria entre el primer y el segundo gabinete? Pues bien, una rareza: fallas programáticas de origen y algo parecido a una debacle de gestión política, y de modo simultáneo.

Se nos dirá que es fácil juzgar, con los ojos de lo actual, lo que fue diseñado intuitivamente en la euforia de la popularidad de la candidata Bachelet. Es cierto. Pero cuando se es gobierno, la improvisación es doblemente imperdonable. Primero, porque pone en riesgo a toda una coalición y a su expresión gubernamental, cuya salvación está pese a todo garantizada por el canibalismo de la derecha y su condición culturalmente dominada desde el 2011 en Chile. Segundo, porque debilita un proyecto político de largo aliento plagado de intuiciones correctas, pero que se desdibuja por la rara confluencia de un defectuoso policy making y de un hábito de incompetencia política por parte de quienes pudieron imaginarlo, naufragando en el intento.